

Comentando las noticias. Notas sobre sociabilidad y politicidad en la Argentina actual

Discussing on the news. Notes about sociability and politic in Argentina

Emiliano Matías Gambarotta

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
emilianogambarotta@yahoo.com.ar

Resumen

En este trabajo se aborda la singular práctica de “los comentarios de lectores”, como vía particular a través de la cual indagar una de las múltiples formas en que aquellos agentes, que no se sitúan en una posición dominante en la disputa por el poder de nominación, hacen política en su vida cotidiana. Estudiándose, en estas páginas, tanto las características de la lógica relacional a partir de la cual se estructura el espacio en que se desarrolla dicha práctica; así como las formas en que los agentes que la llevan a cabo, perciben y aprecian el juego político. Para esto último nos centraremos, especialmente, en los sentidos con que se inviste, en los comentarios de lectores, a la noción de democracia y en la manera en que se concibe al sujeto de la representación democrática. Todo esto en un esfuerzo por captar las tensiones que esta práctica entrafía, su contener a la vez un momento de cierre a las posibilidades de la acción y de abertura al cambio, a lo nuevo.

Palabras claves: politicidad; cultura política; comentarios de lectores; democracia; Gente.

Abstract

This article deals with “readers’ comments” as a means of analysis of the manifold ways in which readers politicize in their daily life. On these pages the characteristics of the relational logic, from which the space of such a practice is structured, as well as the forms in which the agents which carry it out perceive and appreciate the political game have been studied. For this, we will focus on both, the meanings attributed, on the “readers’ comments”, to the notion of democracy and the manner in which the subject is conceived in the democratic representation. All this in an attempt to grasp the tension this practice entails.

Keywords: politic; political culture; readers comments; democracy; People.

Introducción

La intención de este trabajo es indagar algunos de los elementos que conforman los amplios, ambiguos y por momentos contradictorios esquemas, a partir de los cuales se percibe, aprecia y actúa en el ámbito de lo político de la Argentina actual. Para lo cual enfocaremos nuestra mirada no en aquellos agentes que ocupan una posición dominante en el conflicto por la imposición de las categorías que tornan inteligible al plexo relacional en que vivimos; antes bien ensayaremos aquí algunas



posibles entradas al funcionamiento de tales categorías en uno de los múltiples grupos cuya posición no los dota del peso suficiente para intentar imponer su propia visión del mundo al conjunto de la sociedad, sino que los acerca a la situación de estar sujetos a que ésta les sea impuesta por otros actores (donde, por supuesto, no hay un polo de mera recepción, pasiva y vacía, y otro de pura imposición, sino que es el conflictivo interrelacionar de diversos agentes, plagado de pequeñas y grandes batallas por dotar de sentido a los acontecimientos, lo que constituye la trama del juego).

Es este amplio itinerario el que aquí comenzaremos a transitar, abordando aquel fenómeno que cabe llamar (manteniendo el término nativo) *los comentarios de lectores*; es decir, la práctica de realizar comentarios a las notas publicadas en las ediciones digitales de los diarios, en la cual diversos agentes dejan sus opiniones en la misma página de Internet en que aparece la nota comentada. Con este fin bosquejaremos, en la primera sección, los rasgos más generales de esta particular práctica y las lentes a partir de las cuales la problematizaremos. En la segunda sección, daremos cuenta de las características de la lógica relacional que en ese espacio de los comentarios de lectores se pone en juego; escenario estructural de estas prácticas, que le abrirá ciertas posibilidades de acción a la vez que tenderá a cerrarle otras. Luego, en la tercera sección, abordaremos la trama de sentidos que los comentaristas tejen con su actuar, la forma en que allí se torna inteligible el mundo social pero también las tensiones internas y las posibles limitaciones que se hallan inscriptas en semejante cosmovisión. Por último, esbozaremos una apretada recapitulación tendiente no a concluir este trabajo, cerrándolo en sí mismo, sino a abrir interrogantes y señalar problemas que motoricen futuras reflexiones.

Todo esto como un momento puntual de un esfuerzo más extenso, orientado por el interés de aprehender las múltiples formas en que, en la vida cotidiana de aquellos que no poseen una posición dominante en la disputa por el poder de nominación, se hace política y se teje (o desteje) algún fragmento de la trama de la cultura política argentina. En un intento por captar las tensiones que allí tienen lugar; los momentos de cierre a las posibilidades de la acción que encuentran en ese hacer un fundamento donde erigirse, más también las aberturas a lo nuevo, las posibilidades de cambio que esas prácticas cotidianas entrañan.

1. Generalidades

Antes de adentrarnos en las cuestiones que aquí nos interesa indagar, resulta necesario realizar una breve y esquemática descripción de algunos de los rasgos más relevantes de los comentarios de lectores.⁽¹⁾ Los mismos son, como es de esperar, de carácter escrito y comentan una nota de la edición digital del diario (ubicándose,

normalmente, a continuación de la nota comentada); es decir que si bien un mismo comentarista podría dejar su opinión sobre todas y cada una de las notas del diario, no hay un espacio general para comentar todas las notas a la vez. Por lo que cada persona que acceda al diario no se encontrará con todos los comentarios hechos al mismo, sino tan sólo con aquellos efectuados a la particular nota que esté leyendo en ese momento. Generalmente no son de gran extensión, oscilando entre apenas una línea y un párrafo de alrededor de doscientas palabras, aunque no resulta del todo extraño que excedan por mucho, dicha extensión. Cada lector puede leer los comentarios de todos los demás y “subir” el suyo (el cual debe respetar el “reglamento” dado por el diario a ese espacio o, en el frecuente caso contrario, el comentario será eliminado de la página), sea para dar su opinión sobre la temática general abordada en la nota en cuestión o bien para responder un comentario anterior hecho por otro lector.

Uno de los elementos más interesantes de esta práctica es el carácter cotidiano de la misma, su inserción en la vida ordinaria de aquellos que suben sus comentarios; realizándose ella “generalmente desde la soledad de un escritorio hogareño o de un locutorio telefónico” o de la computadora del trabajo, pero construyendo “una trama intersubjetiva que hace y deshace relaciones de sentido”,⁽²⁾ entre los que allí participan y cuyas consecuencias trascienden el acotado ámbito de las páginas electrónicas del diario. Esas características de la forma en que esta práctica se lleva a cabo dificulta, y mucho, poder identificar a los autores reales de esos productos a los que accedemos por Internet; lo cual cobra su relevancia en la medida en que ello nos imposibilita establecer las pertenencias socio-económicas de los diversos individuos que dejan sus comentarios.

Sobre todo si a eso sumamos que nada nos permite suponer que el comprador y lector de un determinado diario impreso pertenece al mismo sector que aquél que accede a ese diario por Internet; a lo cual se agrega que no necesariamente todos los lectores de la versión digital de ese diario dejan su comentario en él. Lo único que podemos afirmar, con cierta certeza, es que los “comentaristas” son individuos que tienen un acceso más o menos fluido a la red junto con la “alfabetización” mínima imprescindible para realizar las pocas operaciones que se requieren para *subir* un comentario. A lo largo de este acotado trabajo no podremos dejar de tener en cuenta la limitación que esto implica para las reflexiones que aquí se viertan. Sin embargo esa misma limitación puede llegar a tener un matiz productivo, pues nos obliga a considerar la lógica de ese espacio y los sentidos que allí se tejen desde una perspectiva cercana a la de quienes realizan estas prácticas; ya que ellos tampoco conocen la pertenencia socio-económica de aquellos con los que interactúan a través de sus comentarios o, mejor dicho, esa pertenencia es una de las representaciones que los comentaristas construyen y disputan en este espacio.

Ahora bien, es dable hallar en estas prácticas ordinarias y habituales una dimensión

atinente a lo político, que no va en contra de ese carácter cotidiano sino que se entrelaza con él; un escribir diario sobre cuestiones políticas pero también abordando y poniendo en juego (a un mismo tiempo) las categorías a partir de las cuales se estructura un cierto ordenamiento del entramado relacional. Es a partir de esto que podemos señalar como la intención central de este trabajo, el abordar *“un comportamiento microsociológico, de vida cotidiana”* que es a su vez *“un modo de hacer política”*.(3) Frente a aquella perspectiva de las ciencias sociales argentinas que estableció una *“delimitación que dejó a la sociedad fuera de lo político”*,(4) y a lo político fuera de la sociedad, haciendo de cada uno de ellos el objeto de una disciplina distinta; frente a esa mirada que hace de la política un subsistema específico y separado del resto de la sociedad (o, sería mejor decir, de una sociedad que es considerada como el resto) y de sus integrantes un grupo particular y cerrado, una *“clase política”* cuya contracara es el carácter no político de aquellos que no integran dicho subsistema; es frente a esta perspectiva, decíamos, que aquí nos interesa estudiar esos tintes de lo político que tiñen algunos de los hilos de la densa y compleja trama de la vida cotidiana. Enfocándonos aquí (pues por algún lado hay que empezar) en la ya mentada práctica de los comentarios de lectores.

Es por esto que tenemos por uno de nuestros conceptos claves, a la noción de politicidad tal y como es definida por Denis Merklen; es decir como una forma de *“designar la condición política de las personas”*, englobando con este concepto *“al conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura políticas”*.(5) Siendo éste el punto de vista desde el que indagaremos las tomas de posición que implican los comentarios, la forma de situarse frente a la política y el carácter político que hay en dicho posicionarse; en un esfuerzo por bosquejar las categorías de percepción, apreciación y acción a través de las cuales se lee el juego y se realiza una jugada en el mismo. Lo cual implica enfocar nuestra mirada, especialmente, en la compleja trama de la cultura política; pensada (en un retomar el planteo de Oscar Landi), no sólo como las normas, creencias y actitudes más o menos compartidas que tienen por objeto un fenómeno político, sino también como aquellas manifestaciones y productos culturales *“que afectan las relaciones intersubjetivas que conforman un orden político determinado”*.(6) Donde uno de los puntos centrales de esos actos transformadores inscriptos en los materiales culturales, lo constituye el establecimiento de una particular definición sobre lo que es y lo que no es político. De allí que la *“naturalización”* de la *“arbitrariedad histórica”*,(7) según la cual la política es percibida como un subsistema separado del resto de la sociedad, sea una de las apuestas centrales en la lucha simbólica por la imposición de dicha definición. El esfuerzo por aprehender aquellos sentidos de la práctica de los comentarios de lectores a los que les cabe el atributo de políticos, es también entonces un esfuerzo por reflexionar críticamente acerca de las categorías con las que los sujetos (y, especialmente, el sujeto de la objetivación) piensan el mundo social.(8)

Práctica que, como resulta evidente, no es más que una hebra de uno de los tantos hilos con que se teje la trama de la cultura política; por lo que no hay aquí una pretensión de exhaustividad o de alcanzar conclusiones que nos permitan realizar una generalización por fuera de este acotado ámbito. Ya que para ello habría que introducir este fenómeno como una pieza de un conjunto de fenómenos más amplio,(9) con complejas interrelaciones entre sí; donde las costuras entre ellos quedarían a la vista, señalando los empalmes no del todo cerrados por el análisis, los momentos en que la lógica misma con que se desarrollan tales procesos escapan a la mirada que quiere construir un sistema. Comenzar esa labor a través del estudio del objeto que aquí nos hemos propuesto, nos permitirá vislumbrar algunos de los dibujos de la trama de la cultura política, de las formas y configuraciones que en ella se tejen. En definitiva, aspiramos a encontrar -ya que el lector encuentre con nosotros- uno de los posibles “*síntomas de las relaciones entre política y cultura*”,(10) cuyo análisis nos permita esbozar algunas conjeturas sobre los procesos subyacentes. Para finalizar esta sección introductoria, nos gustaría señalar que, en parte, aspiramos a inscribir estas reflexiones en ese estilo (en el sentido que Merleau- Ponty da a esta noción) de observaciones *micro* del O’Donnell de la primera mitad de la década de 1980. Manteniendo aquí, sobre todo, su intención de pensar las relaciones entre “*sociabilidad y política*”(11) o, mejor aun, de “*observar la politicidad y la sociabilidad entremezcladas*”(12) en la práctica de los comentarios de lectores.

2. Los jugadores y la lógica del juego

Una de las razones por la que nos inclinamos a estudiar el fenómeno de los comentarios reside (como hemos deslizado con anterioridad) en que éste nos permite enfocar la mirada sobre un conjunto de agentes que, cuando su voz llega al espacio público, lo hace sin tener un nombre propio que la identifique y la distinga claramente de otras voces. De la interacción conflictiva que se da entre distintos agentes, en pos de establecer las categorías políticas fundamentales a través de las cuales se percibe, aprecia y actúa en el mundo social, tornándolo así inteligible; de esa particular disputa, que cabe llamar “*juego de la comunicación política*”,(13) podremos –a través de los comentarios de lectores- indagar al conjunto de agentes a los cuales se busca imponer tales categorías políticas, sin que ellos tengan tanta capacidad para imponerla. Es decir que no abordaremos a aquellos que, situados en una posición dominante, ocupan alguno de los múltiples centros de la escena (que, casi siempre, es mediática) y desde allí batallan en este conflicto; sino que las prácticas que analizaremos nos permitirán iluminar a quienes son, centralmente, el “*objeto*” por el que se batalla (aclaremos inmediatamente que ese *objeto* es un *sujeto*, en tanto no es receptor pasivo y vacío, antes bien es un

reelaborador activo con un conjunto de categorías heredadas a través de las que percibe también a esas categorías políticas que buscan establecerse al interior de un determinado plexo relacional). Uno de los elementos que más nos atraen del fenómeno de los comentarios de lectores es, entonces, la ventana que éste nos abre a pensar no ya a aquellos que ocupan una posición dominante en la disputa simbólica por las formas de ver y leer el juego político, sino a esos otros agentes que al poner en práctica (en forma más o menos reelaborada) una u otra de las categorías allí en pugna, le otorgan la preciada legitimidad simbólica a las mismas. En definitiva, la práctica de los comentarios de lectores nos permite aprehender algunos rasgos de los actos de enunciación llevados a cabo por dichos agentes y, a través de ello, las características de las disposiciones generadoras a partir de las cuales se lee el juego político y se producen las tomas de posición que estos comentarios implican.(14)

A su vez, los comentarios de lectores, son una práctica (o un conjunto de ellas) cuya realización implica una ruptura del ámbito privado; las características propias del espacio en que se lleva a cabo y la lógica que allí se pone en movimiento entrañan necesariamente esa ruptura. En primer lugar por el motivo –bastante obvio– de que aquello que es comentado es una nota de un diario de alcance nacional; es decir que su objeto es público, en tanto circula por un medio masivo de comunicación. A lo cual se puede agregar que lo abordado en esa nota es (o al menos pretende ser) parte de la agenda de temas que ocupan el espacio público, pues los medios son uno de los actores protagónicos en el conflicto en torno a la construcción de dicha agenda. Esto constituye un elemento que diferencia a estas prácticas de otros habituales usos de la red, en los cuales tienden a predominar comentarios y opiniones sobre acontecimientos pertenecientes a la vida privada de los individuos (como es el caso de muchos “*blogs*” y “*fotologs*”, entre otros), especialmente de aquellos que son autores de la página en la que se vierten los comentarios.

En segundo lugar, porque los comentarios de lectores tienen una circulación que se realiza claramente por fuera del ámbito estrictamente privado; pues no son tan sólo “*recibidos*” por aquellos que tienen un conocimiento personal de aquél que lo “*emite*” (por ser familiares, amigos o compañeros de trabajo del mismo), sino que éstos tienen un cierto público. De allí que podamos sostener que los comentarios vertidos en ese espacio, adquieren una habermasiana “*publicidad que no es la de la “opinión pública”*”;(15) en tanto estas voces suenan y resuenan por fuera del ámbito privado, con un eco que produce su rebote en las virtuales paredes del espacio provisto por un medio de comunicación de masas como es el diario, dotándose así de una publicidad que les permite ser escuchadas por todos aquellos que quieran adentrarse en ese foro. Sin embargo, no nos parece pertinente considerar que de los comentarios de lectores surja una suerte de “*opinión pública*”. Ya que, por un lado, la medición técnica –a partir de encuestas de opinión, de

intención de voto, etc.– como forma consagrada a través de la cual, en la actualidad, se construye la llamada “*opinión pública*” (y el que reciba ese nombre debe ser leído como una jugada más en el juego por la imposición de los sentidos que tornan inteligible al espacio social) permite, en caso de que se señale la existencia de más de una opinión sobre el mismo tema, determinar con instrumental precisión y objetividad cual es la que predomina. Imponiéndose así “*la idea de que existe algo que sería como la media de las opiniones o la opinión media*”;⁽¹⁶⁾ instaurando la imagen de una univocidad en la que se reúnen la pluralidad de puntos de vista que los diversos agentes poseen sobre un mismo tema. En cambio, en los comentarios de lectores aquí analizados hay una manifiesta pluralidad cualitativa de voces, que se nos presentan sin haber sido abstraídas de sus particularidades, sin verse reducidas a una codificación que las haga matematizables. De allí que, aun cuando se puedan detectar las tendencias principales en las formas de ver el mundo, los sentidos preeminentes con que se carga un determinado acontecer, no se pueden obviar las múltiples disputas (implícitas y, muchas veces, explícitas) por el sentido legítimo, que se desarrollan al interior de este espacio.

Por el otro lado, resulta inapropiado considerar que los comentarios de lectores conforman una suerte de “*opinión pública*”, pues difícilmente se podría hablar o construir a partir de este fenómeno la imagen de un “*público juez*”;⁽¹⁷⁾ cuyas afirmaciones deben –al menos– ser tenidas en cuenta por los poderes públicos en su actuar. Es cierto que cada uno de los comentarios de lectores es el producto de la emisión de un juicio, de una determinada toma de posición por parte del comentarista que lo realiza, cuyo tema general está delimitado por el contenido de la nota; lo cual lleva a que, en un número mayoritario de los casos, lo que se pone en cuestión sean los actos del poder público, en alguna de sus instancias. Mas resulta difícil, a partir de ello, pensar que los juicios allí emitidos se constituyen como un otro al poder público, que a través de tales juicios lo controlan –o, al menos, limitan su accionar– al manifestar la oposición a una medida en particular y el consecuente desprestigio que le acarrearía al poder público implementarla (función, esta última, que si desempeña la *opinión pública* técnicamente construida por especialistas).

En última instancia, los sentidos con que tiende a consagrarse la noción de “*opinión pública*”, apuntan a construir la imagen de que ella encarna un juicio general que reúne en una voz a la pluralidad de los *ciudadanos comunes*. Lo que se escucha (o, por procedimientos técnicos, se le hace) decir a la opinión pública supera las parcialidades de la perspectiva de cada uno, para así alcanzar un nivel de generalidad que permite presentarla, en la escena pública, como la expresión del conjunto. Claramente esta imagen no es aplicable a lo que sucede en los comentarios de lectores; más aun, la propia lógica relacional que se pone en juego y estructura ese espacio va en contra de la posibilidad de que allí se articulen los juicios particulares en pos de construir una visión

general, capaz de interpelar a (y no sólo de ser interpelada por) los poderes públicos. De la mano con lo cual se encuentra la dificultad de que se halle, en dicha lógica relacional, elementos que se constituyan en un aliciente para la construcción de alguna forma más o menos institucionalizada de público movilizado, que enjuicie críticamente los temas que aborda con sus comentarios. Es decir que en la misma manera en que se teje esa particular interrelación y en ciertas características estructurantes del espacio en el cual ello sucede, encontramos una tendencia a la oclusión de los “*espacios de generalización*”;⁽¹⁸⁾ limitación al uso posible de una palabra dotada de publicidad, que no consigue constituirse en una voz interpelante en el espacio público.

Lo cual no quiere decir que ella no tenga consecuencias en dicho espacio sino que, por el contrario, ésta es justamente una de sus consecuencias centrales.

Bosquejemos, entonces, los rasgos más generales de la propia forma del juego que tienden a limitar los alcances de la palabra publicitada propia de los comentarios. En primer lugar, nos topamos con que éstos son efectuados a cada nota de cada día del diario; recibiendo un orden, en la página de Internet, acorde a esa lógica de producción. Por lo que se produce una enorme dispersión de los mismos, dificultando ello que se pueda reunir y poner en diálogo lo comentado en dos notas diferentes, aun cuando ambas sean del mismo día y traten el mismo tema general. Razón por la cual los comentarios de lectores suelen reproducir la misma segmentación de la información que produce el diario, siendo ello un obstáculo para incluir en una misma discusión temas pertenecientes a dos secciones distintas del diario o incluso a dos notas distintas de la misma sección; incentivándose así una cierta inmediatez de las perspectivas allí vertidas, una tendencia a no incluir el tópico tratado en una trama más amplia de acontecimientos (por ser éstos abordados en otras notas).

A esto cabe agregar que la forma de estructuración de ese espacio implica que no se tengan presentes los comentarios realizados el día anterior; se puede acceder a ellos (revisando las ediciones anteriores del diario) pero no constituyen un insumo de las opiniones vertidas en el día de hoy (que tampoco serán tenidas en cuenta por los comentaristas de mañana). Aun cuando en la toma de posición que implica esta práctica, se pongan en juego los mismos dispositivos de percepción y apreciación – es decir: se mantenga cierta forma de ver el mundo a partir de la cual se emite el comentario–, lo comentado es fundamentalmente lo acontecido en el día (o, mejor dicho, lo que el diario construye como los acontecimientos del día). Por lo que es difícil que de allí emerja una mirada construida y sostenida en el tiempo, aun cuando ese tiempo sea el de apenas un par de días; antes bien lo que tiende a predominar es un siempre empezar de nuevo, desde casi cero, sin acumulación alguna de lo ya dicho para opinar sobre un tema cuyo desarrollo puede abarcar varios días.

En segundo lugar, los comentarios de lectores surgen de una cotidianeidad privada y

adoptan una forma que tiende a acentuar la atomización de los agentes que realizan esa práctica, atentando ello contra la construcción de lazos colectivos que puedan hundir sus cimientos en ese terreno. Pues cada uno de los comentaristas efectúa su comentario en forma individual, pero sobre todo sin romper con esa lógica individualista que hace de ese espacio un ámbito de agregación, de mero apilamiento, de opiniones individuales. Aun cuando hay un encuentro de opiniones, éstas mantienen su formato individual e individualizante en una forma similar a aquella de las encuestas de opinión; pues en ambas encontramos juicios vertidos *“en una situación que, en el fondo, es la de la cabina electoral, donde el individuo va furtivamente a expresar en el aislamiento una opinión aislada”*.(19) Con la diferencia de que, tanto en la encuesta como en el voto, hay un momento de agregación técnico-matemática de esas individualidades (que no las articula sino que meramente la suma); en cambio, en los comentarios de lectores, ni siquiera existe esa apariencia de un resultado general. La propia forma en que el juego se juega favorece, así, la búsqueda de publicidad para el comentario individual, que surge de una cotidianeidad privada y vuelve a ella sin perder su carácter de individualidad aislada.

Este apretado esbozo de la lógica estructural de la práctica de los comentarios de lectores, nos permite aprehender la particular forma de ruptura del ámbito privado que aquí se produce, en tanto la propia palabra adquiere una publicidad que sobrepasa los límites de las relaciones mantenidas al interior de dicho ámbito; *a la vez* que el fenómeno se mantiene como un actuar individual de consecuencias individualizantes, pues la propia lógica en que se inscribe esta práctica refuerza el carácter aislado de dichos individuos. No sólo no se genera una articulación que permita la construcción de una voz colectiva, capaz de erigirse en *“público juez”* de los actos públicos; sino que ni siquiera se tiende a dotar a esas voces de un carácter general,(20) a partir del cual puedan intentar constituirse como interpeladoras en el espacio público. Si bien ese espacio *abre* una posibilidad para la expresión, para el ejercicio de un *“derecho de expresión”* –como les gusta decir a muchos comentaristas– que no pierde su ilustrada raíz, pues cualquiera puede hacer uso público de su razón sin por ello ser censurado por alguna forma de poder público (siempre y cuando, como buen kantiano, obedezca la *“institucionalidad”* del reglamento que rige a dicho espacio). Hay también allí un momento de *cierre*, en tanto esa misma lógica implica obstáculos para que esas expresiones adquieran los tintes de la generalidad. Es a partir de esto que consideramos aquí que, este conjunto de prácticas que se nos presenta bajo la apariencia del ejercicio de un derecho, no entraña más que una versión empobrecida del mismo. Ya que la lógica focalizada con la que se desarrolla constituye si no una tendencia contraria si, al menos, un claro estorbo a que ella adquiera los rasgos de generalidad necesarios para que lo que esas voces dicen tenga alguna carta de triunfo en el juego que se despliega en el espacio público.

3. Sentidos en juego

En esta sección abordaremos no ya la lógica relacional que tiende a primar en los comentarios de lectores, sino la trama de sentidos que en tales comentarios se tejen; en un intento por aprehender algunos rasgos de la forma en que allí se perciben y aprecian los fenómenos políticos (incluyendo esto la pregunta por dónde se sitúa la móvil y conflictiva frontera entre lo político y lo no político). Sin embargo, antes de adentrarnos en semejante tarea, resulta necesario describir las características generales de los materiales específicos con los que vamos a trabajar.

Los comentarios de lectores que hemos analizado han sido extraídos de dos de los diarios de alcance nacional: *La Nación* y *Crítica de la Argentina*; puesto que, como hemos mencionado con anterioridad, son éstos los que ya han abierto, en sus ediciones digitales, este espacio. A su vez, hemos enfocado nuestra atención en las notas que dan cuenta de los *cacerolazos* realizados en Plaza de Mayo la noche del martes 25 de marzo de 2008, con posterioridad al discurso realizado ese mismo día por la Presidenta de la Nación; manifestación que terminó de forma conflictiva al arribar a la plaza un grupo en apoyo al gobierno, encabezado por Luís D'Elía. Situación en la cual dicho dirigente fue registrado por los medios golpeando a uno de los “*caceroleros*”; a lo que se agregaron declaraciones (de claro tono confrontativo) hechas con posterioridad por el mismo D'Elia y velozmente levantadas por todos los medios, declaraciones que luego se evidenciaron como tergiversadas. Es el conjunto de notas que dan cuenta de esos episodios –abarcando desde la misma noche del 25 hasta el viernes 28 de marzo– las que hemos seleccionado, para analizar los comentarios que los lectores han hecho a las mismas. Semejante elección se basó en el supuesto –luego confirmado– de que los acontecimientos allí tratados iban, por un lado, a ser altamente movilizantes para los lectores, impulsándolos a dejar una gran cantidad de comentarios(21) y a disputar entre sí la lectura legítima sobre lo sucedido. Y, por el otro lado, que iban a implicar la puesta en juego de las representaciones, imaginarios y formas de tornar inteligible la trama de lo político, que nos interesa estudiar en este escrito.

Señalemos también una característica que no dejó de sorprendernos a medida que avanzábamos en nuestra labor: la impactante similitud en las representaciones que se desprenden de los comentarios realizados a ambos diarios (incluso hemos podido detectar unos pocos casos en los que un mismo comentarista “*sube*” el mismo comentario a los dos medios). Tal vez la diferencia más notable entre ambos diarios esté en la dimensión pasional de la enunciación; habiendo una mayor puesta en evidencia de dicha pasión –sea a favor o en contra del gobierno– en el caso de *Crítica de la Argentina*, frente a la mayor contención (que acarrea la construcción de una suerte de meditada distancia) en *La Nación*. Lo cual posiblemente esté ligado a los estilos con que cada

diario pretende presentarse a sí mismo (desacartonadamente franco y directo el primero, predominantemente argumentativo y sobrio el segundo) y como ellos impactan en el acto de enunciación realizado por un lector del medio. Sin embargo esto no constituye más que una hipótesis a ser puesta a prueba en posteriores trabajos.

Destaquemos, por último, que la intención que guía nuestro análisis hace foco en las categorías, puestas en juego en los comentarios, a través de las cuales se vuelve inteligible la compleja trama de lo político para los sujetos empíricos responsables de tales enunciados. De allí que, aun cuando por momentos sea inevitable referirse a los temas tratados por las notas aquí seleccionadas, nuestro esfuerzo no se orienta a aprehender las concepciones que se tienen sobre ese particular conflicto sino a captar un movimiento más general que tiene allí una expresión puntual.

3.1- Democracia, delegación y participación

Si la cuestión se trata de caracterizar algunos hilos de la densa trama de la cultura política, resulta previsible que comencemos por preguntarnos qué se entiende por democracia en los comentarios de lectores, qué posición se asigna a los políticos profesionales y, sobre todo, qué lugar ocupan aquellos que no tienen por profesión/vocación la política (entre los que se hayan los comentaristas mismos) sino que son “*representados*” por los profesionales. Lo primero que se evidencia es una concepción de la democracia fuertemente ligada a las libertades individuales, a su respeto por todos los jugadores del juego, incluido el gobierno; donde –probablemente por el tema tratado en estas notas, pero también por la forma en que los comentaristas perciben las prácticas que ellos mismos realizan con sus comentarios– se pone un particular énfasis en la libertad de expresión como elemento definitorio de la democracia. En ese marco puede entenderse el pedido por que

“Tratemos que la democracia siga siendo tal, y no permitir que un gobierno de turno envíe fuerzas de choque a una manifestación... Tenemos que dejar que cada uno tenga su oportunidad y libertad de expresarse, mas allá que estemos de acuerdo o no. Esta es la base de la democracia”.(22)

A su vez, estas libertades son concebidas como derechos que se poseen por el hecho de que *vivamos* o *estemos* en democracia; de allí que se afirme: “*estamos en democracia y cada uno tiene el derecho de manifestarse*” (*La Nación*, 27/03/2008). Es en este marco que se instaura con fuerza el principio del respeto al que piensa distinto, a los derechos que tiene independientemente de qué es lo que piense; fuerte afirmación de un pluralismo que es aceptado en tanto valor a ser sostenido –más allá de que sea efectivamente puesto en práctica en la enunciación–, conformando un segundo elemento en la definición de democracia que aquí tiende a predominar. A punto tal que se vuelve

una suerte de “*lugar común*”, en el sentido de los tópicos de la retórica, que permite por su mera invocación sostener un argumento, sin importar el contenido de éste; así es dable hallar múltiples comentarios señalando que

“La democracia se construye en la diversidad, el disenso y la libertad y la constitución que supimos conseguir después de 50 años de guerra interna” (Crítica de la Argentina, 26/03/2008).

Y este buscar en el pluralismo un fundamento para casi cualquier argumento llega, en algunos casos, a extremos como el de esta toma de posición frente a las declaraciones de D’Elia (en las cuales él acusaba a los “*caceroles*” de discriminar a los *negros*):

“Ser blanco o negro, en realidad no es una cuestión de piel, sino de “mente” y de alma. El señor D’Elia podría ser alto, rubio y de ojos celestes y seguiría siendo un “negro” en su forma de ser, como desafortunadamente lo es. Quien lo promociona o vende es tan “negro” y delincuente como él !!! . Dónde están los derechos humanos y el respeto al prójimo que tanto pregonan los K, si dejan decir y actuar a este “negro” de la manera que lo hace?. “Negro” él y “negros” todos los K que lo apoyan y dejan lo dejan hacer. [...] Los argentinos queremos real democracia y que nuestra patria sea una verdadera República!!!” (La Nación, 28/03/2008).

En la cual se alude al *respeto al prójimo* y a la búsqueda de una *real democracia*, como forma de criticar a un gobierno que se caracteriza de *negro* por su forma de ser, sin que parezca haber, para el enunciador, siquiera un atisbo de tensión entre tales afirmaciones.

Es a partir de todo esto que podemos afirmar que, en los comentarios de lectores, tiende a primar⁽²³⁾ una concepción de carácter liberal de la democracia, una manera de entenderla en la que se acentúa su componente liberal por sobre otros rasgos que podrían también dejar su huella en la forma en que ella es concebida. No sólo por ser éstos los valores centrales a partir de los cuales se definen las reglas básicas y constitutivas del juego democrático, sino también porque hay, en estos comentarios, una cierta recuperación –difícil de ver en una cita, pero aprehensible en el recorrido por todo el espacio, en el progresivo empaparse de sus lógicas– de aquella intención originaria del liberalismo político (central en la definición del régimen democrático que se puso en escena en la transición argentina) de establecer un conjunto de reglas que limiten la capacidad del Estado de intervenir en la vida de los ciudadanos, de dejar por fuera de su ámbito de acción una esfera de la vida social, que se considera privada.⁽²⁴⁾

Ahora bien, resulta significativo señalar que esta interpretación de la democracia traza los límites de un terreno que prácticamente ningún comentario abandona; no se sale por fuera de esta concepción (de tinte liberal y formal) para pensar algún otro tipo de régimen político. Aquellas que podrían entenderse como las reglas constitutivas del juego de la democracia, tienen un reconocimiento tal que lleva a que no se las abandone –ni siquiera por las puertas que dan a la derecha– para jugar algún

otro juego. Es decir los comentaristas, ese conjunto particular de jugadores del juego de juegos que es la vida en sociedad, han hecho propias estas formas de visión y división; a punto tal de hacer de ellas uno de los elementos de su *estilo*, de la manera en que estos agentes (que no son ni dirigentes, ni periodistas de algún medio masivo) perciben y aprecian al mundo social y, especialmente, a aquellas manifestaciones a las que le cabe el atributo de político.

Todo esto tiene una de sus expresiones más interesantes en la gran cantidad de casos en que el comentario plantea una clara y cerrada oposición al gobierno, sosteniéndose explícitamente que éste no se mantendrá en la Casa Rosada hasta finalizar su mandato legal sino que sus funcionarios deberán abandonar sus cargos con anterioridad; aun en ellos no hay una enunciación de elementos que remitan a un quiebre de las reglas básicas a partir de las cuales se define esta particular lectura de la democracia. La imagen recurrente a la que se apela (sea que se la pronostique, sea que meramente se la desee) es la de la renuncia por parte de la Presidenta, con el agregado no poco frecuente de su retirada en helicóptero de la Casa Rosada; en un manifiesto paralelismo con el modo en que se desarrollaron los acontecimientos durante el fin del gobierno de De la Rúa. En este marco se le recomienda: *“Kretina anda preparando el helicóptero...”* (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008); o bien se le espeta:

“Date cuenta cristina que sos vos la que genera toda esta violencia, y sos vos y tu gobierno quien manda a ese grupo de piquetero analfabetos a hacer lo que están haciendo. Vos seguí...seguí nomás que en un tiempo te veo saliendo de la rosada en un helicóptero como le paso a de la rua....seguí nomás” (*La Nación*, 27/03/2008)

Sin embargo, aun en la irritación casi violenta que encierran estos y otros comentarios, no se supera, en la toma de posición que ellos implican, una cierta frontera que delimita las opciones consideradas posibles para que advenga el fin de este gobierno con anterioridad a los plazos establecidos. En cierto sentido, se pronostica o desea una ruptura institucional pero dentro de cierta institucionalidad; y es de esta segunda de la que no se sale. (25)

En base a todo esto podemos notar que, si bien se ve como posible el fin inmediato de este gobierno, esa mirada no se posiciona por fuera de las reglas constitutivas del régimen democrático; mejor dicho: no se posiciona por fuera de aquellas reglas que estas tomas de posición señalan como definitorias de la democracia. Resulta significativo (sobre todo si se tiene en cuenta el conflicto particular que se aborda en las notas aquí analizadas y la forma en que éste fue tematizado por distintos actores del juego de la comunicación política) la completa ausencia de menciones o construcciones que aludan positivamente a un golpe de estado, si entendemos por éste la ocupación de los cargos ejecutivos por actores no elegidos como representantes para el desempeño de tales

funciones. Pareciera que ese procedimiento, frecuente en otros períodos de la historia de nuestro país, ha quedado relegado al bourdieuniano ámbito de lo impensable, de aquello que no puede ser pensado con las categorías que los agentes poseen.

Si hasta aquí nos hemos movido en el terreno de las concepciones a partir de las cuales se define aquello que se entiende por democracia, cabe ahora abordar los sentidos –menos compartidos, más disputados– sobre la posición que ocupan los diversos actores al interior de dicha democracia, los valores que se le asignan a las diversas piezas de este juego. Centrándonos, para ello, en las atribuciones, caracterizaciones y expectativas que se construyen sobre los *representados* (si bien los comentarios no utilizan este término) y las maneras en que actúan (o deberían actuar) al interior del régimen democrático. Donde un primer elemento a ser tenido en cuenta es el reconocimiento del voto como institución clave en el funcionamiento democrático; incluso un comentarista que dice verse afectado directamente por las medidas del gobierno y que realiza, en su comentario, una defensa de la posición contraria, puede terminar su intervención dejando *“una crítica a los que van a plaza de mayo con el objetivo de que la mina se vaya por que estamos en democracia, hay que dejar gobernar, dentro de 4 años no la voten”* (*Crítica de la Argentina*, 28/03/2008). Ligándose el *estar en democracia* con el *dejar gobernar* a aquél que ha sido elegido mediante el voto para tal fin, pues es a través de éste que se expresan los representados; lo cual inviste de legitimidad al resultado alcanzado a partir de ese proceso institucional. Se reitera así, en varias ocasiones, que *“las elecciones presidenciales arrojaron un resultado arrollador en favor de la actual presidente o sea que cuenta con el apoyo de la mayoría de la población”* (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008).

La extensión de esta concepción del voto como uno de los ejes de la institucionalidad democrática, su puesta en el centro de los sentidos con los cuales se torna legible el orden social, tiende a acarrear la aparición de rasgos *“delegativos”*(26) en las maneras de tornar legible el lugar del *representado*. Todo lo cual se traduce en una cierta tendencia a limitar la propia capacidad de acción (y la weberiana responsabilidad a ella ligada) a la emisión del voto, dejando luego gobernar, sin ir a Plaza de Mayo a manifestar algún tipo de descontento u oposición. Una expresión extrema de esta lógica –pero no por ello fuera de la tonalidad general–, la encontramos en el siguiente comentario:

“Se está dirimiendo la vieja antinomia “República vs. Fascismo”, “Constitucion/legalidad vs. atropello patoteril de los derechos de los ciudadanos”. Tomemos conciencia que en nuestras manos está el arma más poderosa, a la que más le temen los autoritarios, los corruptos, los traidores y los violentos: el voto. Hermanos del campo: estamos con ustedes! Y por fin sentimos que los distritos que les dijimos no en las urnas a quienes hoy sojuzgan a la nación, tampoco estamos solos. Su reclamo es el nuestro. Por favor, memoria en las próximas elecciones”. (*La Nación*, 26/03/2008).

Donde se evidencia la centralidad dada al voto, a punto tal de hacer de él *el arma más poderosa* con la que enfrentar incluso a los autoritarios que, de efectivamente serlo, no tendrían por qué respetar lo manifestado en una votación; a menos que se lo piense como un autoritarismo que se ejerce al interior de cierta institucionalidad. El corolario que se extrae de esa manera de leer los acontecimientos políticos, es que hay que votar con *memoria* en las próximas elecciones; sin que haya ninguna otra idea de acción o participación hasta que arribe el período electoral. Y esa es una de las imágenes que tiende a predominar en este espacio; en la cual hay que esperar casi cuatro años⁽²⁷⁾ para que haya un nuevo llamado a elecciones, y ahí, en esa instancia particular, ejercer esa singular (y limitada en el tiempo) forma de participación, pero votando *con memoria, bien*. Es decir que, al poner en el centro tan sólo a la institución del voto, se hace de ella un fuerte límite a lo que hoy puede hacerse, a las posibilidades de acción y participación en el presente de la enunciación; en definitiva *“Sólo queda aguantarse. Y votar en serio la próxima vez”* (*La Nación*, 26/03/2008). O como sostiene otro comentario: *“lamentablemente la Sra. presidenta ganó las elecciones populares. Contra eso no podemos hacer nada salvo mostrarle nuestro descontento”* (*La Nación*, 26/03/2008)

La esperable contracara de esta forma de percibir el propio lugar, es la posición que se le adjudica al gobierno y, particularmente, los enormes márgenes de acción que se le atribuyen, con la consecuente responsabilidad que ello implica. Así, es el gobierno el que tiene que cargar la culpa por la situación (siempre desastrosa) en que se haya el país, pues como es el único actor con la capacidad de tomar las decisiones que resuelvan los problemas de la Argentina no cabe más que esperar de éste las posibles soluciones. Es en este marco que se teje la representación de que, en el conflicto del que tratan las notas,

“!La culpa es de las personas que pasaron por el gobierno y están en el gobierno, los que dejan crecer a un pueblo sin derecho a educación, vivienda, salud, disfrute, no es por la culpa de un sector, es culpa de los que manejan un país...” (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008).

En última instancia ellos son el gobierno y *nosotros* (el nosotros de la enunciación), en algún punto, estamos en sus manos, dependemos de sus decisiones. Esta imagen de pasividad –cuya única forma de participación se realiza en un cuarto oscuro– se constituye, entonces, en uno de los elementos a partir de los cuales se dota de sentido al juego y, particularmente, a las posibilidades de movimiento de las diferentes piezas. La centralidad que se le da al voto en el armado institucional de la democracia y el respeto, casi constantemente afirmado, hacia las instituciones –en tanto sostén de la democracia– puede teñirse así con los pálidos colores de una actitud fuertemente delegativa. Por lo que en el mismo momento en que el comentarista está tomando una posición, realizando una práctica cargada de politicidad, afirma su carácter de casi

no agente, de sujeto sujetado pasivamente a las decisiones de otros, al menos hasta que vuelva a ser período de elecciones.

Sin embargo, estas concepciones mantienen una tensa convivencia con un importante conjunto de enunciados de los que se desprende la imagen de una fuerte participación por parte de los representados, sea que ésta se haya dado en los acontecimientos tratados por las notas aquí analizadas, sea que se convoque a dicha participación. Más aun, ella es leída como una forma de ejercer la democracia; hay en torno al salir a la plaza, al ganar la calle, una trama de sentidos que abre la puerta a maneras de entender la democracia en las que el rasgo *delegativo* se ve tensionado por diversas formas de participación. En las cuales debe, en todo momento, primar la expresión pacífica y el respeto al otro; es decir, deben mantenerse dentro de lo que se concibe como la institucionalidad propia de la vida en democracia. De allí que se realicen muchas afirmaciones en las que se acentúe que *“estamos en democracia y cada uno tiene el derecho de manifestarse, pero de forma pacífica y no salvajemente como se vio en algunos lugares”* (La Nación, 27/03/2008). Se tejen sentidos acordes a la idea de que

“El rumbo de la historia no se modifica simplemente con una manifestación, sino con la participación activa y el ejercicio de la democracia, que no se extingue con la emisión del voto” (La Nación, 26/03/2008).

Habiendo allí un ejercer la democracia no sólo porque ello implica la puesta en práctica de la libertad de expresión (el ejercicio de ese derecho), sino también porque esa es una forma de hacerse oír, incluso frente a los deseos del gobierno. Los diversos enunciadores, entonces, se perciben (por momentos y en una disputa con otros sentidos acerca del lugar que ellos ocupan) como inscriptos en una situación en la cual *“lo que queremos los argentinos y lo que estamos ejerciendo es democracia, esa que no nos quieren dejar ejercer los piqueteros K”* (Crítica de la Argentina, 26/03/2008). Una puesta en práctica que es objeto de disputa frente al gobierno y aquellos que lo siguen; pues la imagen que se construye es que a través de ese ejercicio –aquellos sujetos que, por el momento, podemos nombrar como– los *representados* hacen oír su voz. Y en la manifestación de esa voz, que debe ser escuchada, hay un elemento que puede llevar (que debería llevar) a que el gobierno cambie su rumbo de acción, según el punto de vista desde el que son enunciados estos comentarios. En efecto, en esta manera de ver el mundo social es central la idea de que

“Libertad/democracia, también significa que nos podamos manifestar pacíficamente (como lo estaban haciendo) ante la disconformidad con las medidas tomadas arbitrariamente. Presidenta, [... la] gente esta hablando, escuche. En definitiva, el país lo hacemos todos. No sólo quien lo dirige, y quien lo "proteje”” (La Nación, 26/03/2008).

En esta lógica se puede entender el que se celebre que *“por suerte la gente aprendió a hacerse escuchar ante la injusticia”* (Crítica de la Argentina, 26/03/2008)

proveniente de un gobierno que –como mínimo– no respeta a ese ambiguo “*nosotros*” al que los comentarios aluden una y otra vez.

Mas, para que esta voz sea escuchada, es imprescindible la salida a “*cacerolear*” o el hacer algo desde la propia casa, expresar el descontento por alguna vía. Imagen de una democracia que requiere la participación de quienes viven en ella, no se la percibe como mero conjunto de instituciones a ser respetadas sino como algo a ser *ejercido*, puesto en práctica por (ese) “*nosotros*”. Donde el extremo de esa representación gira en torno a la idea de que “*el cambio empieza por la sociedad no por el gobierno..Ya cambiamos 100 veces de gobierno y nunca funciona...O dejamos de ser argentinos o este país nunca será viable*” (*La Nación*, 27/03/2008). Que si bien entraña ese imaginario autovictimizante que no resulta nuevo, expone al menos una figura en la que la responsabilidad de lo que acontece no puede endilgársele solamente al gobierno, sino que *la sociedad* debe reconocer y corregir sus propios errores. De allí que pueda considerarse que

“el gobierno este se tiene que ir... pero también nosotros, los argentinos, tenemos que empezar a cambiar un poco la manera de ser... [...] Revolución... No. evolución (La Nación, 27/03/2008).

En base a todo esto vemos como hay una tensión entre una concepción que tiende a poner en el centro de la práctica democrática al voto, limitando a esa instancia los márgenes de acción de los “*representados*”, y otra en la cual se acentúa una idea más fuerte de participación, saliendo a la calle para expresar un descontento que los miembros del gobierno deberán escuchar. Tensión, en última instancia, sobre los sentidos a partir de los cuales se construye la respuesta a la pregunta ¿cómo se práctica la democracia (aquello que aquí se entiende por democracia)?, ¿cuáles son los lugares de los diversos agentes en esa práctica? y, sobre todo, ¿qué atribuciones tiene cada uno de ellos a partir del lugar que ocupa?

La cuestión que se abre, entonces, es qué representaciones tejen y cómo se vinculan con *la* política y, en forma más general, con *lo* político, con los principios de orden en los que ellos están insertos y que modifican o reproducen (o ambas cosas a la vez) con sus tomas de posición. Retomaremos esto en el próximo apartado.

3.2-Comentarios sobre la gente

El siguiente paso en nuestro esfuerzo por caracterizar alguna hebra de uno de los tantos hilos que conforman la trama de la cultura política, consistirá en abordar cuál es la concepción que en los comentarios de lectores se pone en juego del “*demos*”, del sujeto de la representación democrática. Y el análisis de los comentarios indica que la vía regia para abordar esta problemática es el estudio de la forma en que esas voces

anónimas –dotadas de publicidad en dicho espacio– perciben y aprecian la noción de *gente*.(28) Sin embargo, dicho esto, inmediatamente hay que indicar el carácter polisémico de este término al interior de nuestro objeto; lo cual plantea la necesidad de distinguir los diversos sentidos con que se carga a esta palabra. Esquemáticamente, es dable diferenciar entre dos grandes usos de la noción de “*gente*”, el primero de los cuales está destinado a nombrar a aquél grupo de personas que pertenecen a un determinado sector, claramente identificable. Así, abundan las menciones a “*la gente del campo*”, “*la gente del gobierno*” e incluso “*la gente de Barrio Norte*”; también son frecuentes las alusiones a “*la gente de D’Elía o D’Elía y su gente*”. En todos los casos se recorta el alcance del colectivo indicando, en forma inmediata, el sector (económico, político, socio-cultural, etc.) al que esa “*gente*” pertenece. En otras ocasiones el término aparece antecedido por un demostrativo (“*esa/esta gente*”), el cual refiere al sector de pertenencia que se le achaca a ese conjunto de personas. En cierto sentido, puede leerse este uso en relación a una de las acepciones que el diccionario da a este lema, es decir como indicando a “*cada una de las clases que pueden distinguirse en la sociedad*”.(29) El segundo uso, que resulta más relevante para los intereses de nuestra investigación, es aquél en el que no se alude a ningún tipo de pertenencia sectorial para el conjunto de personas abarcado bajo ese término; simplemente se alude a *la gente* (con la utilización recurrente del artículo determinado). Por más atributos que se le señalen, ninguno de ellos la indica como perteneciente a un grupo específico de la sociedad; estando esto en la base de la posibilidad de construir, a partir de este uso de dicha noción, un colectivo que no pertenece a sector alguno. Y esa no pertenencia es fundamental para situar a “*la gente*” por fuera de todo tipo de interés sectorial, pues al no pertenecer a ninguno de ellos no tendría motivos para defender los intereses de un grupo en particular. De allí hay tan sólo un paso a pensar a esta categoría como potencialmente universalizable, como capaz de pretender universalidad y, por ende, de situarse por encima de las particularidades para indicar qué es lo mejor para todos. Es por ello que este segundo uso es el que constituirá la forma de aludir al *demos*; ya que el primero carece de esa pretensión de universalidad, clave para constituirse en la categoría política que designa al sujeto de la representación.(30)

Ahora bien, el que este colectivo no pertenezca a sector alguno no implica que no tenga un “*otro*” (en tanto aquél con quien se enfrenta y a través del cual se termina de definir la forma en que se lo percibe); por el contrario- y aquí tampoco señalamos nada completamente nuevo-, los comentarios construyen la figura de ese alter de “*la gente*” en la dirigencia política, cualquiera sea su nivel y ámbito de acción. Incluyéndose, por extensión, a aquellos que conforman el grupo de seguidores de algún dirigente en particular -si bien aquí puede detectarse una posición un tanto más ambigua-. Así es frecuente que se sostenga que “*la gente ayer se manifestó [tal y como se informa en la*

nota] en contra de un gobierno que hace oídos sordos y vista gorda a todos los problemas que hoy existen en el país” (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008). O bien que se clame lo siguiente:

“Qué es esto? un grupo de choque? es una patota violenta comandada por el gobierno para impedir que la gente exprese su desacuerdo. Es evidente que el gobierno quiere decidir quién puede protestar y quién no”. (La Nación, 27/03/2008).

Y se agrega que “*todos estos vagos que se enfrentan a la gente honesta que hace reclamos justo son los que viven de dádivas y este tipo de gobierno siempre se destacó por tener de cadeneros a este elemento*” (*La Nación*, 27/03/2008). Mas aun: “*la gente esta harta de esta manga de atorrantes, de ladrones como D' Elía y toda su troupe de no trabajadores a sueldo del gobierno*” (*La Nación*, 27/03/2008).

Oposición que encuentra su fundamento en un nivel ético, ya que los políticos profesionales son apreciados como el lugar de todo lo malo, en ellos hay una

“Falta de moral, de ética y de honestidad para desempeñar los cargos públicos. La gente se pudrió, no le busquen el pelo a la leche, que además escasea!!!!” (La Nación, 26/03/2008)

Son corruptos, patoteros y un largo etc., que no duda en adentrarse en el insulto liso y llano. Frente a ellos, los comentaristas atribuyen a “*la gente*” un conjunto de rasgos éticos que son considerados positivos dentro de esa lógica del discurso. Así, ella es honesta, pacífica y otro largo etc.; sin embargo la imagen que más se reitera es la de “*la gente decente que se desloma trabajando*” (*Crítica de la Argentina*, 28/03/2008), por oposición a los vagos que componen *la gente de D'Elía*.

En toda esta retórica puede verse, entre otras cosas, el perverso efecto de privatizar el sentido de lo público, al situar el eje de la discusión en un nivel ético. Ya que “*la condena de la conducta de los políticos reducida a los términos de la moral individual [...] desdibuja la especificidad de lo público y rebaja el alcance del debate político*”.(31) Además, al generar un corte tan tajante entre aquellos que hacen política, que son “*un grupo de patoteros que defienden sus intereses personales, y los de su clase (cuando digo clase digo clase política, no social)*” (*Crítica de la Argentina*, 27/03/2008), y las personas decentes y trabajadoras, se construye una representación en la que se sostiene el carácter no político de *la “gente”*. Pues lo político es algo malo de por si; por lo que todo aquello que entre en contacto con ella quedará manchado, sucio.

Es en este marco general que se percibe –en los comentarios de lectores– a la relación que establece *la gente* con los políticos profesionales, como un vínculo asentado en que es ella la que sostiene económicamente, a través de sus impuestos, a los políticos y sus seguidores. De allí una acusación como la siguiente:

Felicitaciones kristina, enviar a tus fuerzas de choque, pagas con nuestros impuestos, y encima y sobre todo, retirar alapolicia para quela gente no tenga defensa (La Nación, 26/03/2008).

Desde este particular punto de vista no existe una relación política entre estos actores (o, en el mejor de los casos, ésta es dejada en un segundo plano), el vínculo pasa por una cuestión económica que mantiene el carácter no político de *“la gente”*. En el extremo de esta concepción, hallamos una representación (bastante reiterada) que hace de la Presidenta y demás funcionarios del gobierno meros empleados.

No soy golpista, no soy del campo pero se quien labura y quien se llena los bolsillos afanando, basta de escuchar a los Fernández que lo único que hacen es irritar mas, cierren el pico y desaparezcan. Mal que les pese son nuestros empleados, en cualquier momento les llega el telegrama de despido (*La Nación*, 26/03/2008).

Situando la relación de dependencia propia del ámbito económico como la clave de lectura a partir de la cual se entiende el lazo relacional que une a ambos; borrándose de él todo rastro político. ¿Es esta perspectiva una consecuencia de *“la colonización del discurso político por el económico”*,⁽³²⁾ que comienza a darse en la Argentina a partir de mediados de 1980? No podemos, a esta altura de nuestra investigación, dar una respuesta conclusiva a este interrogante; pero al menos es seguro que los sentidos que allí se tejen constituyen un claro obstáculo para hacer aprehensible, a los ojos de poseedores de esa mirada, el carácter político de la relación que se establece entre dichos agentes.

De forma complementaria a esta concepción, se sostiene desde estos dispositivos de percepción y apreciación que aquellos que siguen o apoyan a un dirigente político lo hacen sólo por un interés de raíz económica; no hay en ellos (para este punto de vista, casi no resulta pensable que pueda haber) una convicción política que oriente su accionar. Así se sostiene, no sólo que *“el gobiernito organiza actos de apoyo pagado, como nos tiene acostumbrados. [...] Desplegando] su orgullo con un acto de apoyo hueco, pues lo que concurren van por una dádiva”* (*Crítica de la Argentina*, 27/03/2008). Sino que *esa gente que va con D’Elía a la plaza es manejada “con el dinero que le paga el gobierno K”* (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008). Más aun, un comentarista de *La Nación* considera que las hitlerianas camisas pardas tenían a su favor *“la pequeña gran diferencia que los de D’Elía son pagados con plata de los laburantes, están comprados, y los camisas pardas lo hacían por convicción”* (*La Nación*, 27/03/2008). Es sólo el dinero, el interés económico (y, por ende, de cariz individualista) el que mueve a los seguidores del gobierno; sea porque, dada su situación carenciada, no les queda otra opción, sea porque son *“vagos con planes pagados por nosotros”* (*La Nación*, 26/03/2008) que no quieren trabajar. Cualquiera sea el motivo, lo que se reitera es la imposibilidad de toda forma de convicción política; pareciera que ésta no resulta pensable al interior de las disposiciones generadoras que tienden a predominar en las tomas de posición que entrañan los comentarios, que ha quedado relegada al ámbito de lo impensable. Pues unos se mueven por un interés netamente económico y los otros, *la*

gente, para decir basta a una situación intolerable e indignante, con “*bronca*” y “*cansados*” de los deshonestos políticos profesionales. Es decir que, para este punto de vista, no es una confrontación de intereses y cosmovisiones valorativas lo que lleva a “*la gente*” a salir “*espontáneamente*” a la calle; antes bien es la ya insoportable carencia de honestidad, rectitud, etc. en los gobernantes lo que impulsa la protesta, que se tiñe así de un cariz ético. Retomaremos esto más adelante.

Es desde este marco que se producen comentarios como el siguiente:

“Mi visión de lo ocurrido ayer a la noche, es que la gente salió a la calle a decir basta!!! No creo que haya salido exclusivamente a apoyar al campo (quizás algunas personas), sino que el cacerolazo fue contra la mentira, la corrupción, la soberbia, la impunidad, la falta de políticas en materia de seguridad, el patoterismo de los dirigentes sindicales y piqueteros, los medios que publican lo que se les ordena, las mismas caras de los que dirigen y chupan de la teta del estado (“que se vayan todos... faltan un par de innombrables y están todos otra vez... o nunca se fueron”)...contra la pobreza, contra los sueldos que no suben, y si lo hacen es en un porcentaje decididamente inferior a la inflación real por lo que la capacidad adquisitiva es menor, etc. etc. No soy un iluso que cree que esto va a hacer cambiar a los políticos de turno, pero está bueno de vez en cuando que tengan una señ [el comentario finaliza así]” (Crítica de la Argentina, 26/03/2008).

O bien que se clame: “*La gente está harta de que le mientan. Harta de que la tomen por idiota*” (Crítica de la Argentina, 26/03/2008). Para que algún otro comentarista agregue que:

“La gente se cansó de Cristina y Néstor, prepotentes, mandones, soberbios... Que parece que están por encima de todos, y no le tienen que rendir cuentas a nadie... Se cansó del INDEC mentiroso, y que nos engañen a todos... Que traten a la gente mal... Que sean autoritarios... Y corruptos...” (Crítica de la Argentina, 26/03/2008).

En esta manifestación de un cansancio de raíces éticas, que ve en los políticos profesionales una suerte de fuente de todos los males de la Argentina (cuya no resolución no responde tanto a una incapacidad del gobierno, o bien a una limitación de los recursos que el Estado posee para afrontar una situación, sino más bien a un oscuro y maligno interés de los gobernantes por mantener en la pobreza y la falta de educación a la población), hallamos una huella dejada por esa tendencia “*a diluir lo específicamente político en imperativos propios de territorios sociales vecinos*”(33) y, particularmente, la disolución del conflicto como algo eminentemente político, al reducirlo a la oposición entre los que actúan honestamente y los que no.

Si en los comentarios de lectores, “*la gente*” es la categoría con la cual predominantemente se hace inteligible el *demos*, ello no quiere decir que sea la única que aparezca. En efecto, dicha noción mantiene una convivencia -no tan tensa como podría haberse pensado- con la categoría de “*pueblo*”, de mayor arraigo en la tradición de la cultura política argentina. Dedicemos unas breves líneas a abordar las representaciones que se tejen en torno a él.

Al igual que lo visto para el caso de *la gente*, en los comentarios de lectores hay dos

usos bien distintos e identificables de la noción de *pueblo*. El primero de los cuales responde –más o menos fielmente– a ese pueblo de la tradición nacional- populista, concebido desde un punto de vista conflictivista; el cual tiene un marcado antagonismo con un otro económico y socio-cultural. En esta lógica es que se inscribe, por ejemplo, el siguiente comentario: *“aguante delia, freno el golpe burgues genioooooooooooooooooooooo la plaza es del pueblo no de los pequebus”* (*Crítica de la Argentina*, 28/03/2008). Representación del *pueblo* cuyo extremo es la imagen de la lucha de clases, del enfrentamiento irreconciliable entre dos sectores de la sociedad. Este uso de la categoría de *pueblo* aparece más frecuentemente en el diario *Crítica de la Argentina* que en *La Nación*; sin embargo, en ambos es minoritario frente al claramente predominante segundo uso que se le da a esta noción.

En éste, la figura que prevalece es la de un pueblo unido y de hermanos, siendo el gobierno el que intenta dividirlo; de allí que se manifieste un

“No a la violencia del estado no a la división del pueblo no a la lucha entre clases fomentada por el gobierno deberíamos juntarnos todos en la plaza de mayo o el obelisco para repudiar estos actos. Juntarnos como personas. Sin banderas políticas de ninguna clase.. Gracias” (*La Nación*, 26/03/2008).

O bien que se acuse a la Presidenta de *“Querer enfrentar pueblo con pueblo”* (*La Nación*, 26/03/2008). Y esta división sería buscada, por parte del gobierno, para poder dominar al pueblo, para afianzarse así en el poder. *“El país dividido en dos. Eso es lo que quiere el gobierno... divides y reinaras...”* (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008).

El fundamento sobre el que se erige esta perspectiva es, entonces, la imagen de un pueblo unido, con un interés común y único, compartido por todos; hermanos que un otro (que no es ni económico, ni socio-cultural; sino más bien la figura del poderoso opuesto a los débiles, quienes unidos podrían hacerle frente) intenta dividir, destruyendo una unidad que los comentarios de lectores no ponen en cuestión. Es decir que resuena aquí la figura de esa *“especie de pueblo-uno [...], cosificado”*;(34) mas no es, en este caso, una unidad construida a partir de las encuestas y su saber técnico sino que se presenta como una concepción sustancialista, según la cual este pueblo unido a existido imperturbable desde siempre. Y al no reconocerse en él ningún tipo de división interna, tampoco se reconoce la posibilidad de que haya en su interior una diversidad de intereses o de cosmovisiones, lo cual niega a su vez la posibilidad de un conflicto producto de esas diferencias. De allí que la única figura del conflicto que aparezca no se dé entre miembros de este *pueblo*, sino como proviniendo de afuera; por una perturbación externa que viene a alterar la armonía propia de semejante hermandad. Más aun, que viene a destruir esa unidad al enfrentar al pueblo con el pueblo, el cual reacciona porque no puede permitir que se lo divida así.

Es en esa oposición a los políticos profesionales, nuevamente concebidos como un *“otro”*, donde se encuentra el vínculo más claro entre esta concepción del

“pueblo” y la de “la gente”; oposición que diluye, en ambos casos, las posibilidades de conflicto al interior de esas categorías; al ser ellas percibidas como fuertemente homogéneas, al menos en sus puntos fundamentales. Toda imagen de conflicto es relegada a esa esfera extraña y ajena que es la política, imagen que no ensucia a *la gente*, que no divide al “pueblo”, salvo en aquellos casos en que alguien perteneciente a esa esfera –un “otro”– avanza sobre la vida de estos colectivos. Es en esa situación que se sale a decir “basta”, a rechazar a los políticos profesionales y, junto con ellos, a la imagen de un mundo social plagado de conflictos de intereses y de irreductibles diferencias entre cosmovisiones valorativas.

Se evidencia, en los núcleos de sentido que se articulan en los comentarios aquí analizados, una fuerte retórica antipolítica; donde, por un lado, es dable hallar una “simplificación de los conflictos y su reducción a problemas morales, ideológicos o propios de la estructura económica”.(35) Reducción que conlleva una fuerte tendencia hacia la disolución de la política y al velamiento del carácter político no sólo de los conflictos que se comentan sino también de los propios comentarios, de la toma de posición en el terreno de *lo* político que ellos implican. Junto con esto se da un cierto – y sólo en apariencia paradójico– ocultamiento del pluralismo, una incapacidad para aprehenderlo desde estas disposiciones de percepción y apreciación; ya que ese pluralismo, esa weberiana existencia de un politeísmo valorativo, constituye uno de los conflictos centrales (sino *el* conflicto constitutivo) de lo político, de la disputa por los principios de orden a partir de los cuales se define el punto y los dibujos de esta trama relacional. Cabe aclarar que esto no implica que el pluralismo –en tanto respeto al que piensa distinto– no sea un valor fuertemente reconocido y aceptado por los comentaristas, pues de hecho –y como hemos señalado con anterioridad– constituye uno de los valores centrales en la definición de la democracia, a la cual adhieren la casi totalidad de los comentarios analizados. Lo que tiende a no ser percibido no es la necesidad de respetar esa diferencia, sino la posibilidad de que esa diferencia de perspectiva exista, de que alguien vea las cosas de una forma distinta a como las expreso yo en mi comentario. Y ello parece hundir sus raíces en el permanente relegamiento al que se somete a la esfera de la política y –al generalizarse esa forma de condena a todo tipo de disputa por el ordenamiento de la sociedad– a la dimensión de lo político. Si, en sus primeras apariciones en el espacio público, la categoría de la gente aludía (en la voz de los políticos profesionales, los periodistas o, sobre todo, los especialistas en encuestas de opinión) a una diferenciación entre “*los que razonaban y los que, a causa de los vínculo partidarios, no razonan políticamente*”;(36) en los materiales aquí analizados esa misma lógica se extiende hasta abarcar como *no razonantes* a cualquiera que manifieste alguna forma de adhesión política, aun cuando no tenga vínculo partidario alguno. Si su posición puede ser tachada de política (y no es una posición tomada desde la ética o el

conocimiento técnico, por ejemplo) entonces pertenece a ese grupo de “no razonantes”. Y la adopción de semejante postura responde a que la miseria económica en que están sumidos los obliga a “venderse” por unos pocos pesos; aunque es más frecuente que se los considere como ignorantes fácilmente manipulables por los políticos profesionales (por dar un ejemplo entre los múltiples posibles: “Sr. del gobierno...dejen de subestimar al pueblo No somos ignorantes...los únicos ignorantes con los pikeros que obedecen sus órdenes...”; (Crítica de la Argentina, 26/03/2008). O bien como guiados por un interés económico que ya no responde a la necesidad imperiosa sino que se torna una forma de vida para un conjunto de individuos a los cuales el “pueblo” les dice:

“Vayan a trabajar” porque eso es lo que necesitan y si todos esos grupos que ahora están en contra de los piquetes, pensarán que hace 4 o 5 años eran ellos los que hacían los cortes, no para pedir trabajo, o una condición más digna de vivir, sino para pedir planes sociales, para seguir en la buena vida (La Nación, 26/03/2008).

Nuevamente vemos como no es pensable, para los puntos de vista que predominan en los comentarios de lectores, que se adhiera razonada y honestamente a una posición política; que es casi igual a decir que no se puede tomar una posición distinta a la de “la gente”, carente –desde esta perspectiva– de toda mancha política.

Por otro lado, esta retórica antipolítica, centrada en la oposición entre “la gente” y los políticos profesionales, entraña concebir a la política como un sistema completamente aislado cuyos integrantes conforman una *clase* particular. Frente a ella se encuentra “la sociedad”, que tiene por miembro al “hombre común” o al “ciudadano común”. De allí que se pueda decir:

Lo importante es mostrar resistencia cívica persistente! esto ya no se trata del campo solamente, sino que en nuestro país el gobierno envía esbirros a combatir al ciudadano común! tenemos que darles una buena lección ahora y para siempre! (La Nación, 27/03/2008).

O bien: “*vamos a LO importante: se desinfló o no se desinfló la protesta? están o no negociando los dirigentes? quedo pagando la gente común o no?*” (La Nación, 27/03/2008). Expresiones representativas de una tonalidad general de los comentarios, en la cual por un lado están los dirigentes con sus negociaciones (que siempre, en estos comentarios, tiene un sabor a corrupción y deshonestidad) y por el otro “*los comunes, nosotros*” (Crítica de la Argentina, 26/03/2008). Donde esa figura del *ciudadano* u *hombre común* entraña la ausencia de todo atributo que lo hagan *especial*; pero, al mismo tiempo, que lo singularicen, que lo recorten del conjunto para destacarlo por alguna particularidad. Lo cual funge de fundamento que permite la generalización de dicha figura o, mejor dicho, el que se la presente como adoptando una pretensión de universalidad, de ser una forma con la que dar cuenta de los individuos que integran la sociedad (y no de un conjunto de individuos, como sería el caso de “la gente”). Pero en tanto forma es meramente una cáscara vacía, su atributo de común posibilita que se presente como general pero al

precio de adoptar un carácter formal, carente de todo contenido concreto (si se nos permite el exabrupto materialista). No se puede, desde esa categoría, dar cuenta de aquello que particulariza a un agente, acercándolo a unos y alejándolo de otros; es decir, no se puede aprehender los intereses y las maneras de ver el mundo propias de un agente que ocupa una particular posición en el espacio social, la cual facilita que forme grupos con aquellos con los que comparte intereses y cosmovisiones y tienda a distanciarse de aquellos con quienes no lo hace. Por este camino vuelve a escaparse aquello que es fundamento del conflicto social y con él la posibilidad de percibir las disputas por imponer un determinado orden para la sociedad.

A esto cabe agregar que es en la oposición (inserta en la trama de la cultura política) entre *“la gente”* y la política donde puede encontrarse una clave de lectura para la fuerte valoración positiva de la espontaneidad, atribuida a los *“cacerolazos”* comentados en la nota (37). Es abrumadora la preponderancia de los comentarios que consideran que los *cacerolazos* fueron *“una pacífica y espontánea reunión de ciudadanos”* (*La Nación*, 26/03/2008), que sufrió (con la llegada de D’Elía) *“el avasallamiento a la expresión espontánea de la ciudadanía”* (*Crítica de la Argentina*, 27/03/2008). A la vez que se señala que aquellos que fueron a defender al gobierno *“son mandados no espontaneos”* (*La Nación*, 26/03/2008); que entre ambas movilizaciones la *“gran diferencia fue la convocatoria espontánea de ciudadanos, y el llamado urgente a 200 matones pagos”* (*La Nación*, 26/03/2008). Tampoco faltan, por supuesto, los comentarios que hablan de *“la supuesta marcha espontánea de la gente a la Plaza de Mayo”* (*Crítica de la Argentina*, 27/03/2008), poniendo en cuestión la espontaneidad del *cacerolazo*, aunque no el valor positivo dado a dicho atributo.

Esta fuerte valorización de la espontaneidad que legitima la manifestación a los ojos de los comentaristas, puede ser leída en parte como una suerte de reminiscencia de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001 y de la espontaneidad que en todo momento se señaló como una de las características más destacables de esos sucesos. En su punto extremo, esto permitiría conectar simbólicamente a los *“cacerolazos”* abordados en las notas aquí analizadas, con aquellas manifestaciones masivas que se realizaron en gran parte de la Argentina; marcando una continuidad entre ambas y la posibilidad de legitimar a la presente a partir de la pasada. Mas el acento parece estar puesto en otro lado; sin que ello vaya en detrimento de esta primera lectura, pues ambas pueden complementarse. La clave parece situarse en aquello a lo que la espontaneidad permite oponerse: lo organizado; pues este último atributo parece no poder ser leído de otra manera que como un resultado del reparto de prebendas por parte de los políticos profesionales. Cuando la manifestación no es espontánea, cuando las marchas no se realizan *“sin que ninguna organización política las convocara”* (*Crítica de la Argentina*, 26/03/2008), entonces la política a metido su cola

en ellas y, como todo lo que toca, las ha ensuciado con su carencia de ética, quitándole así todo valor.

La organización de una manifestación pública, que implica una dimensión atinente a lo político, es vista dentro de la lógica de la corrupción propia de la esfera política; todo atisbo de organización (incluso el destinado a oponerse al gobierno) es considerado un indicio de que allí ya no hay un legítimo manifestar, de que los intereses económicos y la manipulación de los necesitados han hecho su aparición (recuérdese que resulta propio del ámbito de lo impensable el que algún agente posea una honesta y razonada convicción política). Frente a esto, la espontaneidad no tendría mancha alguna que ensuciase su impoluta ausencia de política; una manifestación de esas características no puede responder más que a un sentimiento común de todos los participantes, que salen –a un mismo tiempo– a mostrar su indignación para con el gobierno. Es en este sentido que cualquier forma de organización implicaría, para este punto de vista, una pérdida, un entrar en la lógica propia de la política. En base a todo esto es que puede sostenerse que la profunda retórica antipolítica que impregna las disposiciones de percepción, apreciación y acción puestas en juego en los comentarios, constituye un obstáculo a cualquier intento por dotar de una organización mínimamente duradera a los agentes poseedores de esas estructurantes estructuras de pensamiento. Ya que los avances que puedan realizarse en esa dirección, serían apreciados como un abandono de la dimensión ética en el propio actuar, el comienzo de una corrupción que debe ser evitada. Sólo queda la vía de esa impoluta (y constitutivamente episódica) espontaneidad, cuya ausencia de manchas no es más que la forma bajo la que se presenta la negación de sus atributos políticos.

4. Una recapitulación a modo de abertura

En este trabajo nos hemos enfocado en (un grupo de) aquellos agentes que *“dejaron de ser la multitud que ocupaba las plazas, para pasar a ser la audiencia de los medios masivos de comunicación [...]: la masa se convirtió en público”*;(38) mas nosotros hemos intentado aprehenderlos en uno de esos momentos en los que se constituyen en autores.(39) Una de las tantas instancias en que dejan de ser audiencia sentada frente a una pantalla para ser autores sentados frente a un monitor, y autores que hacen públicas sus producciones, sus comentarios, en un medio masivo de comunicación, como es el diario.

Hemos visto que, en la forma en que se concibe la vida al interior de la democracia, es dable hallar un tensa convivencia entre, por un lado, una perspectiva que tiende a acentuar el carácter central de la institución de las elecciones, a punto tal de hacer de ella una suerte de límite a la capacidad de acción de –lo que ahora podemos llamar– *“la*

gente”, tiñendo de colores “*delegativos*” la concepción de la práctica de la democracia que allí se tiene. Y, por el otro lado, un punto de vista que pone el énfasis en la importancia de salir a la calle, de movilizarse para manifestar el propio descontento, a fin de que el gobierno tenga que escucharlos, de obligarlo a que los oiga. Sin embargo, ese salir a la calle, no dejando la plaza vacía, en un intento por volverse sujetos de obligatoria consideración a la hora de tomar una decisión por parte de los políticos profesionales - prácticas en las que resuena el eco de los acontecimientos de diciembre de 2001-, (40) ese ocupar con el propio cuerpo el espacio de lo público es leído, desde la perspectiva predominante en los comentarios de lectores, a través de las lentes de una retórica antipolítica. No deja de señalarse que hay, en esa protesta, una forma de ejercicio democrático, la cual se inscribe en una concepción que acentúa los rasgos participativos de la vida en democracia; *a la vez que* se la dota de un sentido en el que se tiende a diluir todo atributo atinente a lo político. Se sale a la calle, más aun: algunos de los comentaristas remarcan su haber estado ahí y convocan a retornar a las calles; y *a un mismo tiempo* esa manifestación es percibida, en los comentarios de lectores, como protagonizada por “*la gente*”, con toda la ajenidad para con el ámbito de lo político que ese colectivo entraña. Y en esa lectura de los acontecimientos encontramos también un (preocupante) rasgo que caracteriza a la politicidad de aquellos que llevan a cabo la práctica del comentario. Práctica que es ella misma una forma de hacer política, en la que se pone en juego algunos de los hilos de la trama de la cultura política, en una toma de posición que rompe la esfera de lo privado. Mientras esas prácticas (la seguramente más significativa de la manifestación y la, tal vez, menos relevante de los comentarios, pero sí más profundamente inserta en la cotidianeidad de los que la realizan) se conciben como llevadas a cabo por el colectivo “*la gente*”, se mantendrá abierta la tensión en la cual, la politicidad que allí se despliega, es percibida y apreciada como una forma de “*no política*”, más aun, como carente de todo atributo político. Menguándose así su capacidad de actuar en el ámbito de lo político (que queda reducida casi a la mera respuesta espontánea e indignada ante una situación concebida como intolerable a nivel ético) justamente en el momento mismo en que se está actuando en dicho ámbito.

Si pertrechados de la interesante y fructífera perspectiva desarrolla por Denis Merklen, no nos equivocamos al ver la politicidad de estos comentarios de lectores, su ser uno entre muchos otros comportamientos microsociológicos que entrañan también una forma de hacer política; si nosotros lectores de Merklen/científicos sociales/intelectuales/académicos/investigadores o como quiera denominárenos, podemos aprehender a ese comportamiento cotidiano, a esa forma de sociabilidad, como entrelazada *en sí* con los hilos de la politicidad; la tensión y el límite para esos comportamientos surge, entonces, de que los comentaristas no son *para sí* mismos, no se autoperciben (no terminan de hacerlo) como agentes que actúan en el ámbito de lo

político, si se nos permite el anacronismo hegeliano.

Notas

- (1) Destaquemos que, al momento de realizarse este trabajo, entre los diarios de alcance nacional tan sólo *La Nación* y *Crítica de la Argentina* poseen este espacio de comentarios; otros en cambio, como *Clarín*, *Página/12* y *Crónica*, pueden poseer “blogs”, “foros” o espacios similares pero no un lugar específico en el cual verter la propia opinión sobre el tema de actualidad que la nota del diario aborda.
- (2) Landi, O., “*La otra Internet*”, en Caetano, G. y Perina, R., “*Informática, Internet y política*”, CLAEH/OEA, 2002, Pág. 73.
- (3) Merklen, D., “*Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*” (Argentina, 1983-2003), Buenos Aires, Editorial Gorla, 2005, Pág. 18.
- (4) *Ibidem.*, Pág. 21.
- (5) *Ibidem.*, Pág. 24.
- (6) Landi, O., “*Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*”, Buenos Aires, Puntosur, 1988, Pág. 203.
- (7) Bourdieu, P., “*Meditaciones pascalianas*”, Barcelona, Anagrama, 1999, pp. 187 y 225.
- (8) Reflexiones que no dejan de reconocer que, al plantear esta particular mirada sobre lo político, encierran una toma de posición al interior de los conflictos por la imposición de un sentido del orden, por la definición de qué es político.
- (9) Algo de este esfuerzo puede hallarse en las “exploraciones descentradas” que, teniendo a las culturas populares como objeto principal, lleva a cabo Pablo Semán en su libro *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Editorial Gorla, 2006. Nuestro enfocarnos en los comentarios de lectores no debe considerarse, entonces, más que como un momento a ser puesto en relación con otras prácticas (por ejemplo: los llamados de los oyentes a las radios, por mencionar tan sólo una que comparte ciertas características estructurales con la aquí estudiada) que nos permitan situarlo en el entramado relacional más amplio en el que tiene lugar.
- (10) Landi, 1988, op. cit., Pág. 117.
- (11) Tales son los términos que se ponen en relación en el subtítulo del maravilloso, hilarante y, sobre todo, “*Desubicante*” ensayo de O'Donnell, G., “*¿Y a mí, qué mierda me importa?. Notas sobre sociabilidad y política en la Argentina y Brasil*”, en *Contrapuntos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- (12) Merklen, op. cit., Pág. 24.
- (13) Vommaro, G., “*Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina*”, en Pucciarelli, A., (coord.) “*Los años de Alfonsín*”, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006, Pág. 276, nota 33.
- (14) El siguiente paso, en esta línea de investigación, sería indagar las relaciones entre estas categorías puestas en juego en los comentarios de lectores y aquellas esgrimidas por los diversos agentes dominantes en su disputa por la imposición de las categorías de visión y división legítimas. Lo cual nos permitiría estudiar el proceso de imposición simbólica de una determinada forma de ver el mundo, las características que lo definen así como las limitaciones que lo agrietan.
- (15) Semán, P., “*El Pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares*”, en Svampa, M. (comp.), *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, UNGS-Biblios, Pág. 177, 2000.
- (16) Bourdieu, P., “*La opinión pública no existe*”, en *Cuestiones de sociología*, Madrid, Istmo, 2000.
- (17) Habermas, J., *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, Pág. 63, 1981.
- (18) O'Donnell, op. cit., pág. 175.
- (19) Bourdieu, 2000, op. cit.
- (20) Si el lector encuentra aquí un cierto parecido con el “*punto de vista general*” desarrollado por Hannah Arendt en sus Conferencias sobre la filosofía política de Kant, Buenos Aires, Paidós, 2003. debemos confesar que nosotros –al releer estas líneas– también encontramos ese feliz parecido, sin que hayamos tenido el ingenio de buscarlo.
- (21) Para que el lector tenga una idea del volumen de comentarios vertidos, señalemos que en las nueve notas con que trabajamos se vertieron más de 500 páginas de

- comentarios, variando en forma significativa la cantidad de comentarios por nota.
- (22) Crítica de la Argentina, 26/03/2008. En adelante incluiremos las referencias, correspondientes a los comentarios, entre paréntesis en el cuerpo del texto. Cabe señalar que hemos decidido mantener tal cual el texto original de los comentarios (sin corregir errores de tipeo u ortografía y respetando su particular uso de las mayúsculas); pues ello es una de las marcas del estilo con que son vertidas las opiniones en este espacio.
 - (23) Insistimos en este *tiende a primar*, ya que en ese espacio se evidencia una constante (y por momentos consciente) disputa por los sentidos con que se lee el mundo social; lo cual hace imposible sostener que alguna de estas representaciones sea puesta en juego en forma unánime por todos los participantes de este espacio. Nuestro análisis se ha enfocado, entonces, en los núcleos de sentido allí dominantes.
 - (24) Previsiblemente, el punto más comentado es el de la intervención, por parte del Estado, en la vida de sus ciudadanos a partir de limitar su derecho de expresión (“*Argentinos, pensemos un poco. Estos tipos del gobierno son nada más que 10 funcionarios y 100 piketeros de Elia. Vayamos todos todos todos a Plaza de Mayo, no puede ser que estos DELENCUENTES no nos dejen expresarnos*” Crítica de la Argentina, 27/03/2008). Esta misma lógica puede encontrarse como fundamento de varios argumentos en rechazo a las retenciones, pues éstas son leídas como una intromisión del Estado en la vida privada, más allá de los límites aceptables (es visto como un acto *confiscatorio*, un *robo*, etc.). Sin embargo como esta cuestión es propia del conflicto puntual que es tratado en la nota, preferimos no ahondar en ella; tan sólo señalar hasta donde puede extenderse esta liberal concepción de la democracia.
 - (25) Otra figura que suele aparece en los comentarios, aunque con bastante menos frecuencia, es la del llamado a elecciones anticipadas; la cual podría ser analizada como otra forma de ruptura institucional pero dentro de cierta institucionalidad.
 - (26) En el sentido que O’Donnell da a esta noción, especialmente en O’Donnell, G., “*¿Democracia delegativa?*”, en Contrapuntos, op. cit.
 - (27) Y éste es otro sesgo del hiperpresidencialismo con que se percibe el funcionamiento de la política; pues prácticamente no se considera la posibilidad de que el voto legislativo pueda tener algún tipo de incidencia.
 - (28) Señalemos que no es para nada nuevo identificar a esta categoría como la forma del *demos* que se pone en escena en la Argentina reciente, trabajos como los de Mocca, “*Defensa de la política, en tiempos de crisis*”, en Novaro, M. (comp.), *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Buenos Aires, Norma, 2002; Vommaro (op. cit. y también: “*La brújula y el oráculo, o cómo las encuestas políticas se impusieron en la Argentina*”, en AA. VV., *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2007) y Rinesi y Vommaro (“*Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos*”, en Rinesi, et al. (Editores), *Las lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007. Dan cuenta de este fenómeno. Sin embargo, ellos hacen hincapié en el uso de esta noción por parte de los políticos profesionales, los periodistas políticos y los especialistas poseedores de un saber técnico; en cambio aquí enfocaremos nuestra mirada en un conjunto de agentes que forman parte del polo de la *recepción* (innegablemente activa) de los discursos que aquellos (cuya voz llega con un *nombre propio* al espacio de lo público) pronuncian, y lo haremos centrándonos en un momento en que tales agentes son autores de una palabra publicitada. En este sentido, el que este singular grupo que conforman los comentaristas se haya apropiado de esa figura haciendo de ella una de las categorías con las que torna inteligible el mundo social, no deja de resultar interesante dado el efecto de imposición simbólica que ello entraña.
 - (29) Diccionario de la Real Academia Española, Vigésima segunda edición.
 - (30) Señalemos nuevamente que nos enfocamos en los núcleos de sentido predominantes en este espacio, sin tener espacio aquí para abordar las disputas que se articulan en torno a ellos. Aclaración especialmente válida en este caso, pues *la gente* es una de las nociones en torno a las cuales hay mayor disputa *explícita* en los comentarios de lectores; es decir, hay una búsqueda consciente por disputar qué se dice cuando se dice *la gente*. Disputas que tienden a cuestionar este uso dominante, lo cual a su vez funge de indicador de su carácter dominante.
 - (31) Mocca, op. cit., pág. 270.
 - (32) Rinesi y Vommaro, op. cit., Pág. 436.
 - (33) Mocca, op. cit., Pág. 261.
 - (34) Rinesi y Vommaro, op. cit., Pág. 442.

- (35) Mocca, op. cit., pág. 261.
- (36) Vommaro, 2006, op. cit., Pág. 284.
- (37) Dado que nuestro interés se centra en los sentidos que se tejen en torno a dicha espontaneidad, no nos adentraremos en la discusión de si efectivamente la manifestación fue espontánea o no; más aun semejante disputa puede ser leída como un indicador del valor positivo que le dan todos los agentes que juegan el juego, pues sólo así se entiende que se busque desprestigiar a los manifestantes negándoles toda espontaneidad a sus actos.
- (38) Mocca, op. cit., pp. 272-273.
- (39) Tal vez estas reflexiones se hayan originado a la sombra de lo planteado por Benjamín en su "El autor como productor" en *Tentativas sobre Brecht, Iluminaciones III*, Madrid, Taurus, especialmente pp. 121-122, 1975.
- (40) Cf. Mocca, op. cit., pág. 274 y Rinesi y Vommaro, op. cit., pp. 454-457.

Bibliografía

- Arendt, H., *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Benjamin, W., "El autor como productor", en *Tentativas sobre Brecht, Iluminaciones III*, Madrid, Taurus, 1975.
- Bourdieu, P., *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- Bourdieu, P., "La opinión pública no existe", en *Cuestiones de sociología*, Madrid, Istmo, 2000.
- Habermas, J., "Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública", Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1981.
- Landi, O., "Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política", Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Landi, O., "La otra Internet", en Caetano, G. y Perina, R., *Informática, Internet y política*, CLAEH/OEA, 2002.
- Merklen, D., "Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática" (Argentina, 1983-2003), Buenos Aires, Editorial Gorla, 2005.
- Mocca, E., "Defensa de la política (en tiempos de crisis)", en Novaro, M. (comp.), "El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad", Buenos Aires, Norma, 2002.
- O'Donnell, G., "¿Y a mí, qué mierda me importa?. Notas sobre sociabilidad y política en la Argentina y Brasil", en *Contrapuntos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- O'Donnell, G., "¿Democracia delegativa?", en *Contrapuntos*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Rinesi, E. y Vommaro, G., "Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos", en Rinesi, et al. (Editores), *Las lentes de Víctor Hugo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Semán, P., "El Pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares", en Svampa, M. (comp.), *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, UNGS Biblos, 2000.
- Semán, P., "Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva", Buenos Aires, Editorial Gorla, 2006.
- Vommaro, G., "Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina", en Pucciarelli, A., (coord.) *Los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006.
- Vommaro, G., "La brújula y el oráculo, o cómo las encuestas políticas se impusieron en la Argentina", en AA. VV., *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2007.

Fuentes

- Edición digital del diario: *Crítica de la Argentina* (notas: "D'Elía despejó la Plaza a las corridas y golpes", del 25/03/2008; "Defendieron a Cristina a golpes", del 26/03/2008; "Hubo marcha en Capital y agresión de piqueteros K", del 26/03/2008; "Así se armó el operativo D'Elía", del 27/03/2008; "Luis D'Elía, odio y vísceras en debate", del 28/03/2008).
- Edición digital del diario: *La Nación* (notas: "Incidentes tras el discurso presidencial", del 26/03/2008; "Cacería para ganar la Plaza", del 26/03/2008; "Nuevos choques de kirchneristas y caceroles por el control de la Plaza", 27/03/2008; "D'Elía: "Me moviliza el odio visceral contra la oligarquía", del 28/03/2008).

Recibido: 12 de abril de 2008.

Aprobado: 13 de agosto de 2008.

Para citar este artículo

Gambarotta, Emiliano Matías. "Comentando las noticias. Notas sobre sociabilidad y politicidad en la Argentina actual" en *Cuadernos de H Ideas* [En línea], vol. 2, n° 2, diciembre 2008, consultado...; URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1374>